



JUANA MANUELA GORRITI

NOVELISTAS IMPRESCINDIBLES

TACET BOOKS

NOVELISTAS IMPRESCINDIBLES

Juana Manuela
Gorriti

EDITADO POR

August Nemo

Tabla de contenido

[Title Page](#)

[El Autor](#)

[La tierra natal](#)

[El pozo del Yocci](#)

[About the Publisher](#)

El Autor

Juana Manuela Gorriti Zuviria (Rosario de la Frontera, 15 de junio de 1818-Buenos Aires, 6 de noviembre de 1892) fue una escritora argentina, aunque también se ha hecho célebre por las peripecias de su vida.

Los historiadores no se ponen de acuerdo con la fecha de exacta de nacimiento, Tristán Valdaspe documenta en su Historia de la literatura castellana 1809 como su fecha de nacimiento y 1874 su fallecimiento. Por su parte Julio A. Muzzio afirma en su Diccionario histórico y bibliográfico de la República Argentina que el nacimiento fue el 15 de junio de 1818 sin precisar fecha de nacimiento; esta fecha la reitera José Arturo Scotto en Notas Biográficas de 1910 que también da fecha a su muerte, el 6 de noviembre de 1892. Mientras que el diario La Nación en su suplemento Sueños y realidades del año 1907 afirma que nació en junio de 1814 sin precisar fecha de fallecimiento. Por su parte Ricardo Rojas en Literatura Argentina solo da fecha a su fallecimiento, el 6 de noviembre de 1892.

En un estudio realizado para confeccionar una placa de bronce realizada a principios del siglo XX por la Sociedad de Ayuda Mutua del Personal Subalterno de las escuelas del CE16 para donar a la institución que lleva su nombre se utilizan las siguientes fechas y lugares de su nacimiento y muerte: el nacimiento el 15 de junio de 1818 en Horcones, provincia de Salta (según una información de Delfín Gorriti) y la fecha de defunción el 6 de noviembre de 1892 en Buenos Aires, de acuerdo a un aviso fúnebre publicado al día siguiente en el diario La Nación. En la Iglesia del Socorro se encuentra el acta de defunción.

Nació en Horcones (campamento fortificado situado en Rosario de la Frontera, Salta). Pasó allí su niñez, en la estancia que fue de su abuelo paterno el vasco Ignacio Gorriti, y en el antiguo fuerte de Miraflores, a orillas del río Pasaje (también llamado: río Juramento), donde su padre compró una estancia. Hija del general jujeño José Ignacio Gorriti y Feleciana Zuviría, tucumana hermana del jurisconsulto Facundo Zuviría, casados en Rosario de la Frontera. Fue la penúltima de ocho hermanos.

Su padre fue diputado representante de Salta en el Congreso de Tucumán que declaró la Independencia el 9 de julio de 1816, fue gobernador de la provincia de Salta y amigo personal del Gral. Güemes. Contribuyó a la causa de la independencia aportando dineros y hacienda y fue combatiente.

Juana Manuela Gorriti fue sobrina del célebre político y canónigo, también jujeño, Juan Ignacio Gorriti —quien bendijo la bandera de Belgrano (1812) y fue el único cura gobernador de Salta— y de José Francisco Pachi Gorriti, la primera lanza de los gauchos de Güemes. Su abuelo paterno murió en Horcones y fue sepultado en la antigua iglesia parroquial de Rosario de la Frontera en 1875.

Una tía la envió a Salta a los seis años para que estudiara en una escuela religiosa, pero no toleró estar encerrada, se enfermó y debió volver a su hogar, lo que fue el fin de sus estudios formales. A partir de entonces leyó numerosos libros y comenzó a escribir cuentos.

En 1831, siendo su padre unitario, y tras enfrentar en armas al federal Facundo Quiroga, su familia se vio obligada a emigrar de Horcones y Miraflores y radicarse en Bolivia. Allí vivió entre los libros de la biblioteca que su padre había trasladado desde Horcones, tierra a la que siempre evoca

en su obra. Estudió brevemente en Salta pero aprendió a hacerse fuerte en el destierro.

Se casó muy joven en La Paz sin pompas ni ostentación, con el capitán Manuel Isidoro Belzú, hombre de temperamento vibrante e impetuoso, que poseía un valor temerario y a quien no arredraban los peligros. Su encuentro había sucedido en Tarija, mientras la familia Gorriti permanecía como huésped de Fernando María Campero Barragán, hijo del último Marqués de Yavi, en la casa ubicada frente a la plaza central de esa ciudad. El hogar que construyeron fue tranquilo en los primeros tiempos. Nacieron de esta unión dos niñas: Edelmira y Mercedes.

Belzú abandonó su hogar para ponerse a la cabeza de un batallón, presentándose en el palacio gubernamental para exigir la renuncia del presidente Ballivián. Su intentona fracasó, fue procesado, destituido y expatriado al Perú.

Aunque Juana estaba en desacuerdo con lo actuado por su esposo, porque iba contra sus principios, lo siguió a Perú. Sin embargo, su compañero preparó una nueva revuelta para ponerse al frente de un ejército con el propósito de derrotar al gobierno de su país. Entró triunfante en La Paz y se proclamó presidente de la República en el año 1848.

Juana quedó sola en Lima, donde abrió una escuela mixta de educación primaria. Allí tuvo origen su ya famoso salón literario, que congregó a las personalidades más sobresalientes. Sus cuentos y novelas fueron publicados y difundidos en Chile, Colombia, Venezuela, Argentina, Madrid y París.

Su matrimonio con Manuel Isidoro Belzú fue desgraciado, pues éste, en afán de permanecer en el centro de la vida boliviana, no dudó en conspirar y fomentar rebeliones en Bolivia con tal de recuperar el poder en la naciente

República, sumiendo al país en una permanente inestabilidad política, luego del derrocamiento del mariscal Andrés de Santa Cruz (en 1838).

Belzú, con su talento y carisma logró fanatizar a las masas. Indígenas y mestizos⁷ de La Paz lo veneraban llamándolo el Tata Belzú (papá Belzú). A su esposa, le correspondió demostrar su pétrea fortaleza, en los trágicos sucesos del 26 de marzo de 1865. Ese día, Belzú logró que un levantamiento popular tomara la ciudad de La Paz, ocupando los edificios públicos y declarando depuesto al dictador Mariano Melgarejo y proclamando a Belzú como presidente. Sin embargo, los sublevados no contaron con el arrojo de Melgarejo, quien sable en mano y al frente de una pequeña división de coraceros, secundados por el coronel Narciso Campero Leyes, se abrió paso desde las lomadas de El Alto hasta la Palacio de Gobierno frente al cual, en la plaza, la multitud se emborrachaba como festejo del triunfo. Melgarejo ingresó al Palacio y desoyendo las súplicas de Campero, ultimó de un disparo a Belzú, tomó el cadáver ensangrentado y lo presentó a la multitud. Narciso Campero en sus memorias describe que luego de este hecho, el cadáver de Belzú fue ultrajado y abandonado en el primer piso del Palacio, hasta que su esposa Juana Manuela Gorriti se presentó para reclamarlo.

Ante estos trágicos sucesos, la escritora traza una línea al pasado y lo despide con elocuentes palabras:

El 27 de marzo de 1865, dos días después de la fecha de la carta de Ud., Belzú, mi marido, el hombre que enlutó mi destino entero, vencedor de un combate en el que el pueblo derrotó al ejército, fue asesinado por el general que mandaba este. Vinieron a decirme que Belzú había caído atravesadas las sienas de un balazo, y yo corrí en

medio del combate; llegué hasta donde yacía el desventurado ya cadáver, lo levanté en mis brazos y en ellos lo llevé a casa: a ese hogar que él había abandonado tanto tiempo hacía! Con mis manos lavé su ensangrentado cuerpo, y acostándolo en su lecho mortuorio, lo velé y no me aparté de él hasta que lo coloqué en la tumba. La misión de la esposa parecía ya acabada; mas he aquí el pueblo que me rodea y me pide más: me pide que lo vengue. Sí: lo vengaré con una noble y bella venganza, haciendo triunfar la causa del pueblo que era la suya.

Juana Manuela Gorriti de Belzú

En 1874 se estableció en Buenos Aires, donde se dedicó a recopilar e imprimir su producción y a escribir relatos autobiográficos, como el texto titulado *Lo íntimo*, editado luego de su muerte, acaecida en Buenos Aires, en 1892.

En 1879 regresa a Lima, donde fallece su hija Mercedes. Entre 1880 y 1886 alternó entre Lima y Buenos Aires. En 1886, anciana y enferma, regresó desde Buenos Aires a Salta en ferrocarril, acosada por el presentimiento de la muerte, para visitar los escenarios de su infancia. Si en Juana Manuela se gestó con tanta fuerza el dolor es porque tuvo un gran asidero en su casi opuesto sentimiento, el amor, que es el eje de sus movimientos hasta la gran batalla con la soledad. En sus últimos años, busca los lugares de su felicidad, y no cesa de viajar mentalmente hacia ellos, recordándolos. Con ella se cierra la etapa de los precursores de la novela argentina, por el solo hecho de haber tenido que valerse por sí misma, encontrando un mundo hostil e insensible a sus aspiraciones.

Juana Manuela Gorriti se ha hecho célebre no solo por su vida llena de vicisitudes y por su innegable valor como literata, y por ser en su madurez una política progresista

sino por su interesante libro de arte culinaria llamado La cocina ecléctica, el cual, además del valor gastronómico, tiene un gran valor documental, ya que aporta muchas recetas folclóricas argentinas, de otros países latinoamericanos e incluso cocina europea de su época.

Sus restos, que estaban en el Cementerio de La Recoleta, primero depositados en la bóveda perteneciente a la familia Posch, descansan en el Panteón de las Glorias del Norte, en la Catedral de la ciudad de Salta. Una estrofa del Himno a Rosario de la Frontera la evoca encendidamente como la máxima personalidad de la cultura surgida de esta tierra del sur de la provincia de Salta.

La tierra natal

I

Tantas veces habíase desvanecida la esperanza de volver a ver el amado país, que, confiando ya sólo en un milagro, volvíme hacia Aquella que la ciudad natal venera con tiernísimo culto, imploré su protección y le hice una promesa.

Supieronlo; y en Salta, como en Buenos Aires, sonrieron con el descreído escepticismo de la época.

Sin embargo, aquel que más burla hizo de mi voto, fue el bendecido instrumento elegido, para realizar el milagro...

II

Nunca proscrito, al tornar de largo destierro, sintió el gozo que llevaba en el corazón la viajera que, un día diez y siete de agosto, se embarcaba, camino de Salta, en el ferrocarril al Rosario.

Aquel momento tan largo tiempo anhelado, parecíame un señor y estrechaba fuertemente una contra otra, mis manos para persuadirme de estar despierta.

III

La vista de Córdoba con su fisonomía graciosa y original, el aspecto heterogéneo de los pasajeros y la belleza característica de los diversos paisajes que atravesábamos, pudieron apenas borrar aquella obsesión.

No para matar el fastidio que yo o conozco, sino por hacer como los otros, llevaba un libro: una reciente publicación que ni siquiera abrí; porque, allí en el mismo *wagon* y cerca de mí, un grupo de literatos iban leyéndole y, frase a frase destrozándolo sin piedad.

¡Ah! Necesaria es la fruición inefable del escritor al dar a luz un libro, para que pueda sobreponerse al terror de entregar ese hijo de su corazón y de su pensamiento, al diente chacálico de los Zoilos, esa temible jauría que ahora veía yo mascar el que tenían en las manos, con los refinamientos de una acerba animosidad.

Mientras ellos se llenaban las fauces de hiel, entregados a aquella ingrátísima tarea, yo, cerrado sobre mis rodillas el asesinado libro, divertíame escuchando las conversaciones que de un extremo al otro del *wagon*, se cruzaban entre los viajeros; todas incoherentes como el personal que las producía. Había de todo: plática, parla y charla.

-Es joven -decía uno de tres militares que iban apestándonos con el humo de sus cigarros- es joven y posee grandes cualidades de inteligencia y corazón Lo he visto en circunstancias difíciles actuar en la política, en la finanza, en la sociedad, en la familia; y en todo conducirse muy bien.

-Pero tiene muchos enemigos.

-¡Ah! Es que no puede uno ser amado de todos... Eso, sólo el General Mitre... y los billetes de Banco.

A mi izquierda, lado opuesto de los críticos, un conciliábulo femenino cuchicheaba fruslerías.

-¡Si vieran ustedes qué dos lindos sombreritos llevo! Dos primaveras de flores y de tules para deslumbrar a Tucumán.

Así decía una bella joven de grandes ojos negros. Y yo me figuraba el fulgor de esos luceros entre los tules de aquellas *primaveras*.

-*Lo que es yo* -replicaba una vieja- nada habría envidiado para mi tiempo, sino los flequillos, esos encantadores ricitos sobre la frente. Cuando las muchachas se los levantan, me parecen *afrentadas*.

-Todo en la moda actual es bellísimo.

-Menos el horrible polisón ¿qué dromedario lo inventaría?

-La moda lo impone y es preciso obedecerla. Quien no lo usara, sí que parecería *afrentada*.

-¿Y qué me dice usted del calzado? ¿Puede haber ya belleza en el pie, ese dije en la mujer, esa prueba de distinción en el hombre?...

¡Gracias a Dios que soy vieja, para no ver a mi novio embarcado en esas chalupas de afilada proa, que, con el nombre de botines, llevan estos desventurados!

Y señalaba a dos elegantes que sentados delante de ellas, cruzada una pierna sobre otra, ignorantes del terrible proceso entablado a sus extremidades, iban balanceándolas distraídamente y platicando de amores.

-¡Cuán lejos estoy yo, todavía, de la dicha que tú tienes ya tan cercana! -decía el uno, fijos los ojos en lontananza, cual si evocara dulces memorias-. ¡Y pensar que te alejas en esos deliciosos días de espera, la época más radiosa del amor y de la vida!

-Distingo -observaba el otro sonriendo-. Tú hablas de los preliminares: las pláticas del balcón a la calle; en el teatro; en las naves de las iglesias; en los bailes del Progreso... Ese poema ha concluido para mí con el cambio de *estas*, -

señalando una alianza que llevaba en el anular izquierdo- y antes de entrar en pleno noviazgo, situación que nuestras costumbres han tornado tan ridícula, huyó, so pretesto de arreglos pecuniarios, para no regresar sino el día de la boda.

-¡Tú blasfemas! ¡Cómo! Esas dulzuras cambiadas a media voz, inclinado el uno hacia el otro, en el arrobador aislamiento que la benevolencia social permite...

-Esa actitud es un espectáculo soberanamente ridículo, y además, un inconcebible faltamiento a los suyos y a los huéspedes del salón. Qué de veces, cuando mi hermana atravesaba la referida temporada, he deseado abofetear a mi futuro cuñado.

-¡Qué distinta manera de juzgar tenemos! A mí me place esa anticipada intimidad, nuncio de días venturosos.

Pero, desdichado, ¿qué dejáis, entonces, para la alcoba nupcial?

-Señores, he aquí la Estación Frías. ¡A tomar la ronda del mate riquísimo que sabe cebar la Escolástica! -exclamó un pasajero saltando a tierra, apenas detenido el tren. Y corría hacia una fogatita que ardía al aire libre, haciendo hervir a grandes borbotones la pava tradicional.

Al lado, de pie, una muger -la Escolástica- en la mano un mate de boquilla y bombilla de plata, cebaba y servía por turno a un círculo mixto que muy luego -¡horror!- ensancharon los dos elegantes platicadores; y.. hasta mi pulcro y delicado acompañante, el joven Francisco Centeno, fue también a poner entre sus labios el tubo que estaba introduciéndose en tan variadas bocas!

¡Poder de la costumbre!

IV

Tucumán dormía una fresca alborada cuando bajamos a descansar en su estación la media hora que se nos concedía.

Las puertas comenzaban a abrirse.

Al través de las rejas de los vestíbulos, divisábanse dos floridos patios tapizados de madre selvas y jazmines del Cabo.

¡Qué delicioso paraíso es Tucumán!

Lástima grande que esa valiosa producción, la caña de azúcar, llevada hasta las puertas de la ciudad, haya infestado su perfumado ambiente y engendrado esas legiones de horribles cucarachas que invaden los elegantes salones y las lujosas alcobas, cuyos artesonados roen y devastan...

V

Al volver a ponernos en marcha, encontré en mi *wagon* una amable compañía: los señores Ruiz y García con sus bellas esposas; el señor Gordillo con su preciosa hijita; y un distinguido joven, el señor La Rosa, hijo del sabio ingeniero de ese nombre.

Aunque por primera vez me veían, acogieronme con amable cordialidad. Ellos, que se proponían una mañana de campo y un almuerzo sobre el césped, quedáronse para partirlo conmigo en la Estación de Vipos, donde, en vez de la troncha a la *minuta*, relación obligada del viajero en aquellos parajes, regalaron mi paladar deliciosos fiambres, panecillos de mantera, y un vino riojano tan exquisito, que

me hizo prorrumpir en un brindis de bendición a la copa y a la mano que lo produjeron.

-Es el *Tinto de la Suegra* -dijo el señor Gordillo; y añadió sonriendo- Mi madre, su fabricante, lo llama así para bromear a su yerno.

VI

En el curso de aquel día vi desfilar a lo lejos, rápidos como en sueños, sitios conocidos y poblados de recuerdos: Trancas, Candelaria, Obando, Arenal, Sauces, Rosario.

¡Qué de veces, cuando niña, había ido allí, llevada en brazos por *tata* Melcho, o por el viejo Gubí, sentado sobre el arzón del lomillo, al abrigo de los *guarda-montes* a ver las carreras en las ferias, o a escuchar el canto de los *payadores* en las *alogueadas* de los Puestos!

¡Qué larga y desastrosa epopeya, entre el presente y ese lejano pasado!

Pero, el viaje al través de la tierra amada no comenzó, verdaderamente, para mí, sino después de Metán, donde llegaban los trabajos del ferrocarril, y comenzaba entonces el servicio de mensajerías hasta Salta.

VII

Anochece cuando llegados al término de la línea férrea desembarcamos entre los matorrales ennegrecidos por la noche, a corta distancia del pueblo, cuyas luces comenzaban a extenderse.

Entre los grupos de gente que llegaban al encuentro de los viajeros, un hombre llamaba, pronunciando mi nombre.

-¡Germán! -respondí yo, llamando, a mi vez.

-¡Querida tía!

Y la tía y el amable sobrino, desconocidos uno del otro hasta esa hora, abrazáronse cordialmente.

Era Germán Torrens, hijo de aquel inolvidable, Juan José Torrens llamado con justo título el *chiste viviente*.

Germán y su hermano, casados con dos nietas del General Pablo Latorre, fueron el iris de paz entre dos familias, unidas en estrecha amistad y separadas después, durante largos años, por los sangrientos odios de la guerra civil.

Germán mandó acercar el carruaje en que había venido a mi encuentro y en el que me aguardaba su esposa, linda joven que me recibió en sus brazos.

Lleváronme a su casa, fresca y agradable vivienda, iluminada en mi espera con luz de fiesta.

Pude entonces contemplar a la esposa de Germán cuyas facciones me había ocultado la oscuridad.

Deidamia -su nombre- es una interesante joven de bellísimos ojos, negra y abundante cabellera.

Ella, su hermana y su prima, rodeándome solícitas, sonriéndome con su juvenil sonrisa, inundaron mi corazón de dulcísimo consuelo.

Parecíanme ángeles demandando el perdón de antiguos agravios y derramando sobre ellos las flores de la divina misericordia.

VIII

Al día siguiente, por una hermosa alborada, tomamos la mensajería llevada por nueve mulas y un conductor, camino de Salta.

Éramos ocho pasajeros, repartidos en la berlina y el *coupé*.

Única de mi sexo, y también a causa de mi edad, rodeábanme atenciones y cuidados.

A mi lado sentábase un *gauchi-político*, hombre de cincuenta años, tinte cobrizo y barba y melenas estupendas.

Apoderábase de toda conversación; y, elevada o banal, llevábala siempre al terreno del partidismo político.

Los nombres de Miguel Juárez Celman y de Bernardo Irigoyen salían a cada momento de entre sus enmarañados bigotes, pero, ¡caso raro! sin saña ni pasión por ninguno de ellos, hablando de los sucesos políticos presentes y pasados y aún de las más terribles catástrofes originadas por ellos, con increíble serenidad, hasta con un ligero tinte de ironía, nota inseparable en todas sus frases.

Excepto él y yo, todos execraban de antemano el fragoso camino que nos aguardaba una legua adelante, enumerando uno a uno, los tajos, laderas y gruesos pedrones que iban a zarandearnos de lo lindo en las veintisiete leguas tendidas delante, hasta el *Pontezuelo*.

Yo no los escuchaba.

Habituada a los penosos viajes a lomo de caballo por los ásperos senderos que serpean sobre los abismos en los elevados picos de los Andes, todo camino y todo vehículo parecíanme deliciosos.

Extasiada ante el esplendente paisaje, olvidando que me escuchaban:

-¡Hete ahí -exclamaba- purísimo cielo de otro tiempo!
Pintorescos sebiliares; rientes serranías de Metán,
coronadas de vuestro majestuoso Crestón; ¡bendito sea
Dios, que me permite volver a veros!

-¡Hum! -gruñó alguien en el fondo del coupé- no son pocos
los *majestuosos* barquinazos que van a molernos los huesos
a vista de esas rientes serranías y entre
esos *pintorescos* sebilaes...

-Que vieron degollar y fusilar más unitarios y federales que
pelos tengo yo en la cabeza- interrumpió el gauchi-político
con su eterna irónica serenidad.

Todos los ojos se fijaron en su profusa cabellera y la sonrisa
se heló en nuestros labios.

-Precisamente -continuó ´le, tendiendo la mano hacia la
derecha del camino- allí donde ustedes ven las ruinas de
aquel rancho, fusilaron a dos valientes servidores de la
patria: Pereda y Boedo.

¿Cuál era su crimen?

¡Ser federales, defensores del mismo gobierno que hoy, los
unitarios triunfantes, sostienen y aceptan! Habría de reír de
esta imbécil inconsecuencia si no tuviera presente
aquella escena que presencié niño, cuándo Boedo, uno de
dos héroes de Ituzaingó, en aquel tiempo joven bellísimo, y
que, herido en esa batalla por una bala, que le llevó la
mandíbula inferior reemplazada por un aparato de goma
elástica oculto entre su larga y abundante barba, llegado al
momento supremo, así, de una manera imprevista, sin
previo juicio, en un paraje desierto y rodeado de enemigos,
en un arranque de indignación!

-¡Patria! -exclamó- así dejas acabar al que empleó su vida
en servirte, y que por ti perdió en una hora cuanto hace

dulce la vida: ¿belleza, juventud, amor?

Y así diciendo, arrancó el aparato que ocultaba la mutilación de su rostro, quedando con la lengua caída sobre el pecho, desfigurado, horrible.

En ese momento sonó una descarga y él y su compañero cayeron, quedando luego sus cadáveres ensangrentados, solos, abandonados por sus victimarios en el lugar del suplicio.

Nosotros escuchábamos aterrados el terrible relato que todos conocíamos, pero que en la boca de aquel hombre, de aquel testigo ocular de tan extraña serenidad, tenía algo de más lúgubre todavía.

-¡Qué horror! -exclamé en medio al silencio que la sangrienta historia produjo en la galera.

-Pues señora -dijo el narrador- en aquel entonces, todo eso era nada más que hechos diarios. Poco después, muy poco después, aquel que ordenó esa doble ejecución, traicionado por uno de los suyos, cayó en manos de los federales; y... ¡qué casualidad! precisamente en este mismo paraje que atravesamos, allí, bajo ese quebracho que ahora se divisa caído, él y seis de sus compañeros fueron degollados en presencia de Oribe, que se divertía con los refinamientos de crueldad empleados por el degollador, mandando venir expresamente para esto de Chilcas, donde todavía se ve en pie el rancho en que vivía, y donde murió paralítico, secos los brazos desde las uñas hasta el hombro...

-¡Calle usted por Dios, señor! -dije a aquel bárbaro, que no llevaba miras de acabar su leyenda de horrores.

-Señora -repuso él, con la misma siniestra calma- eso no es nada para lo que resta en la epopeya de veinte años a que pertenecen estos sucesos. ¿Ve usted bajo el monte, a los